

LA VIDA RELIGIOSA EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO²

Yo dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, y en el nombre de Yahvéh se cobijará el Resto de Israel (*So* 3,12).

Llamado a la pobreza.

Nosotros no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros (*Rm* 12,5).

Llamado a la intimidad con Cristo, a la comunión y a la propia identidad.

Cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación (*Lc* 21,28). Llamado a la esperanza.

El tema es inmenso y muy rico. Tal vez el título parezca demasiado ambicioso. Mi único deseo es esclarecer, a la luz de la Palabra de Dios, algunos aspectos de la vida religiosa actual, poniendo de relieve el apremiante llamado de Cristo, de la Iglesia y del mundo a una verdadera santidad como respuesta única y original a las exigencias del mundo contemporáneo.

Introducción

Quisiera comenzar con tres observaciones muy simples: *La vida religiosa depende de la vida de la Iglesia y de la situación del mundo*

La vida religiosa depende de la vida de la Iglesia (de su misterio intrínseco, de su dinamismo misionero) y de la situación del mundo. Las experimenta con fuerza. La vida religiosa es siempre un anuncio explícito del Reino, pero se realiza en un contexto histórico determinado y en una Iglesia concreta (universal y particular). Cuando una Iglesia local está realmente viva y unida (por medio de la vitalidad y la unidad que proceden del Espíritu, de la Palabra y de la Eucaristía), allí encontraremos seguramente una vida religiosa floreciente, madura y comprometida de un modo evangélico.

No podemos hablar de una vida religiosa que no sea cristiana, eclesial, histórica.

Cristiana: La vida religiosa –seguimiento radical de Cristo– es una expresión privilegiada del misterio pascual de Cristo: esto supone una alianza de amor, de cruz, de esperanza. Encontramos esta dimensión en un texto muy hermoso de san Pablo a los Filipenses: “Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe, y conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos. No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús. Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me

¹ Prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares.

² Alocución pronunciada el 15 de octubre de 1981 a la Asamblea general de Superiores Mayores de Francia. Tradujo: Hna. María Isabel Guiroy, osb. Monasterio “Gozo de María (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

llama desde lo alto en Cristo Jesús” (Flp 3,7-14).

Eclesial: La vida religiosa constituye una forma específica, esencial, de ser Iglesia: “pertenece inseparablemente a su vida y a su santidad” (LG, 44). Al mismo tiempo, la Iglesia vive de la vida religiosa; de su fidelidad a su propia identidad y a la comunión. Sería bueno meditar ese texto de san Pablo a los Romanos: “Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros. Pero, teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámolo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio; la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando” (Rm 12,4-8).

Histórica: La vida religiosa es una respuesta evangélica particular a hombres concretos que sufren y esperan, una profecía clara del reino de verdad y de gracia, de justicia, de amor y de paz, a un mundo que necesita ser transformado y ofrecido a Dios “según el espíritu de las Bienaventuranzas” (LG, 31). El mundo de hoy tiene verdaderamente necesidad de pobreza, misericordia, justicia y paz, de cruz y esperanza.

Un momento providencial

Nosotros vivimos, sin duda, un momento providencial, difícil pero cargado de esperanza. No es el momento de perderse en inútiles lamentaciones sobre el pasado o de soñar superficialmente con el futuro. Es el momento de vivir con intensidad evangélica el instante presente y de ser realistas: con la experiencia del pasado, preparar el futuro. “¡Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria de Yahvéh sobre ti ha amanecido!” (Is 60,1).

Una verdadera renovación

Se trata de presentar la vida religiosa con una intención sincera de verdadera *renovación* que corresponda a las raíces evangélicas y específicas (carisma), a la situación presente de la Iglesia y a las mutaciones de la historia. “Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios” (Rm 12,2).

Quisiera presentar tres puntos de reflexión muy simples:

- I - La Iglesia y el mundo en que vivimos;
- II – Los aspectos más importantes de la vida religiosa hoy;
- III – Algunos lineamientos para una verdadera renovación.

La Iglesia y el mundo en el que vivimos

A partir del Concilio, estamos acostumbrados a considerar a la Iglesia como “*sacramento de unidad*”: “La Iglesia es, en Cristo, en cierto modo el sacramento, es decir, a la vez el signo y el medio de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG, 1; cfr. SC 5, 26); y como *sacramento universal de salvación* (LG, 48; GS, 45). Son dos categorías esenciales que muestran el dinamismo vital del misterio de la Iglesia. Me gusta definir a la Iglesia como el “sacramento de Cristo pascual”: “Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria” (Col 1,27).

Es muy importante recordar que el “sacramento de unidad” se refiere al esquema trinitario de la Iglesia: “Un pueblo que obtiene su unidad de la unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo” (LG, 4). Y el “sacramento universal de salvación” se refiere al mundo como signo y comunicación de un Dios amor. “Todo el bien que el pueblo de Dios pueda procurar a la familia humana durante su peregrinación terrestre, se deriva de esa realidad de la Iglesia que es el

sacramento universal de salvación, que manifiesta y actualiza simultáneamente el misterio del amor de Dios por el hombre” (LG, 45).

¿Cómo podemos caracterizar este momento de la Iglesia y del mundo después del Concilio? Quisiera hacerlo en categorías que reflejen los documentos conciliares (por lo menos los principales).

La Iglesia

Podemos caracterizar a la Iglesia de hoy (después del Concilio) con las siguientes ideas centrales:

Una Iglesia que escucha la *Palabra de Dios* (DV) y la celebra en la *Eucaristía* (SC). Este aspecto de la dimensión contemplativa y adorante de la Iglesia es esencial. El primer gran documento aprobado por el Concilio fue el documento sobre la liturgia (5-XII-1963). Es muy importante para la vida religiosa subrayar este hecho: la dimensión contemplativa, cristocéntrica y teocéntrica, de experiencia de Dios, de oración y de alabanza, de adoración, porque es el aspecto más característico de la vida religiosa de hoy.

Una Iglesia que redescubre su *identidad* (su vida, su misión) en una configuración con el misterio de Cristo y su íntima comunión (LG). La vida religiosa no está simplemente inserida en la Iglesia, nace de la fecundidad del Espíritu en el seno de la comunión eclesial. Por lo tanto es absolutamente necesario descubrir la dimensión de comunión de esa vida religiosa, su papel específico irremplazable. Al mismo tiempo es un llamado muy fuerte a seguir el misterio de la Iglesia *particular*. “La Iglesia particular es el lugar privilegiado donde se realiza la Iglesia universal” (Juan Pablo II; cfr. MR, 18).

Una Iglesia que se siente *enviada al mundo* como sacramento universal de salvación, como misionera, como evangelizadora (AG, GS). Es enviada, sobre todo, al mundo de los más pobres, de los oprimidos, de los marginados. Este sentido de encarnación, de misión, de evangelización se desarrolló luego del Concilio. Recordemos los Sínodos sobre la justicia, la evangelización y la catequesis, las grandes exhortaciones *Evangelii nuntiandi* (Pablo VI) y *Catechesi tradendae* (Juan Pablo II). Para la vida religiosa, es un llamado muy apremiante a estar presente en las necesidades del mundo como una respuesta evangélica. Es cierto que la vida religiosa, al estar más fuertemente inserida en la Iglesia local, se siente constantemente interpelada por la situación del mundo; no puede vivir al margen. Es cierto que, para los religiosos, el mundo privilegiado de la evangelización es su misma vida consagrada (EN, 69), pero su existencia debe ser una respuesta evangélica al mundo de hoy.

El mundo

Podemos subrayar tres aspectos o características del mundo actual.

Un mundo que cambia profundamente, rápidamente, universalmente (GS, 5). La vida religiosa no puede identificarse con el mundo presente (*Rm* 12,2). Las mutaciones son un llamado a la fidelidad esencial, a una configuración más radical con Cristo. La fidelidad al propio carisma debe concebirse como fidelidad dinámica. Por ejemplo ¿quiénes son los pobres, los necesitados, los marginados de hoy? ¿Cuáles son las nuevas formas de presencia de la vida religiosa apostólica? ¿Cuáles son las expectativas especiales del mundo con respecto a la vida contemplativa?

La violencia como forma normal de existencia, mientras que el hombre ha sido hecho para la reconciliación, el amor y la comunión. Necesidad de expresar en la vida religiosa la experiencia de un Dios amor, perdón, reconciliación.

La injusticia y la opresión, mientras que el hombre ha sido hecho para la libertad, la justicia, la paz. Exigencia de una vida religiosa que sea testimonio de los valores evangélicos: pobreza, libertad, caridad, don total de sí.

Los aspectos más importantes de la vida religiosa de hoy

Podemos subrayar los siguientes:

Una búsqueda más profunda de Dios. Deseo de una vida de oración más auténtica, de vivir una dimensión contemplativa verdadera. Búsqueda de una espiritualidad apostólica basada en el Evangelio, en las inspiraciones de los fundadores, en las exigencias de los tiempos nuevos. Necesidad de una fuerte vida interior que evite las dicotomías. ¿Cómo ayudar de una manera eclesial a ciertas comunidades necesitadas? Experiencia de algunas “medidas de animación”.

Una inserción más fuerte en las Iglesias locales. La vida religiosa se siente parte esencial de esa Iglesia local. Se siente la necesidad de una comunión fuerte y dinámica.

También nacen problemas: entre la fidelidad a la realidad concreta y al espíritu universal (ya sea de la vida religiosa como tal o de la Congregación internacional). A veces los problemas surgen a causa de un conocimiento insuficiente de la identidad específica de los religiosos por parte de los obispos. Existe un deseo muy marcado de fidelidad a la realidad concreta.

Una búsqueda más verdadera de los *valores esenciales*: la vida religiosa como alianza de amor. Respuesta de amor a un Dios que nos ha amado primero. El misterio pascual encuentra en la vida religiosa una realización concreta. La vida religiosa no se concibe en primer lugar y exclusivamente en un contexto puramente jurídico, sino más bien evangélico y teológico. Existe una profundización verdadera y rica del carisma y de la espiritualidad propios, que se manifiesta en la celebración pascual de los capítulos y la presentación de las nuevas constituciones.

Un sentido particular de la justicia y una verdadera opción por los pobres. Un deseo de insertarse más profundamente en la realidad popular, sin dejar de permanecer fieles al propio carisma. Esto enfrenta a la vida religiosa con un desafío pascual, que implica sin duda riesgos evangélicos; se trata también de “perder su vida” para encontrarla en Cristo. Hubo desviaciones: una peligrosa radicalización socio-política que hizo perder la identidad propia (y a veces incluso la identidad evangélica, al asumir ideologías contrarias al Evangelio). Pero el Espíritu de fortaleza y de coraje es también el Espíritu de consejo, de sabiduría y de prudencia.

Muchos institutos se interrogan nuevamente, a la luz del carisma y de la espiritualidad de los fundadores, sobre el *sentido actual y concreto* de los nuevos pobres. ¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¿Cómo acercarse a ellos? ¿Cómo ser evangelizados por ellos?.

Una especial valorización de la *profecía* en la Iglesia, como anuncio del Reino y como denuncia de una realidad que se opone a ese reino de verdad y de gracia, de justicia, de amor y de paz. La vida religiosa es un grito evangélico continuo: “El Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15). Sin embargo, existe un doble peligro: una cierta polarización de esta profecía (casi un cierto monopolio por parte de los religiosos) y el miedo que frena, inmoviliza, destruye esencialmente la profecía.

La búsqueda de una *comunidad verdadera*, de una comunidad pascual y de una comunión auténtica dentro del instituto, sin dejar de reconocer los carismas personales y los diversos temperamentos que llevan a reconocer la validez de un legítimo pluralismo. Infelizmente, en estos últimos tiempos, luego de los capítulos de renovación, se acrecentaron ciertas tensiones y divisiones. Algunas experiencias destruyeron a las comunidades; se anduvo demasiado rápido, sin la necesaria prudencia y sin sabiduría. Otras, por el contrario, se afianzaron en una fidelidad

estática y material. Más preocupados por la seguridad, se estabilizaron en formas y expresiones inadecuadas a los tiempos nuevos. Pienso que un verdadero discernimiento se realiza siempre en una actitud de verdadera pobreza, de auténtica contemplación, de fidelidad a Cristo y a su Evangelio, a la Iglesia y a su misión, al hombre contemporáneo y a sus expectativas de salvación, al carisma original. No se puede dividir o quebrar fácilmente a un instituto. Desgraciadamente hay una tendencia en ese sentido, animada por cierto deseo e intención de fidelidad. La pobreza -que busca en la oración y el diálogo- y el espíritu de una verdadera comunión eclesial, pueden evitar tensiones y rupturas.

Algunos lineamientos para una verdadera renovación

Quisiera indicar tres que me parecen esenciales: comunión, misión, contemplación. Por otra parte, constituyen el tema central de los tres últimos documentos de la Sagrada Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares: *Mutuae relationes* (14-5-78), *Optiones evangelicae* y *Dimensio contemplativa* (estos dos últimos del 12-8-80).

Comunión

Se trata fundamentalmente de la “comunión orgánica” de la Iglesia: único pueblo de Dios, único cuerpo de Cristo, único templo del Espíritu Santo. “Todos los miembros, pastores, laicos y religiosos, participan, según su propio modo, de la naturaleza sacramental de la Iglesia: cada uno, según su papel, debe ser signo e instrumento de la unión con Dios y de la *salvación del mundo*” (MR, 4).

Cuando hablamos de “comunión eclesial”, no se trata solamente de la elemental cooperación entre los religiosos y los pastores para una eficacia pastoral más fecunda, sino de una realidad sacramental querida por Cristo. Cristo fundó la Iglesia, a la vez sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas (cfr. *Ef 2,20*) y envió al Espíritu para que habitara en la comunidad de los creyentes como principio de unidad y de comunión (LG, 13). Es importante subrayar, “como criterio de participación en la comunión eclesial, el primado de la vida en el Espíritu sobre la que reposa la escucha de la Palabra, la oración interior, la conciencia de vivir como miembro de todo el cuerpo y la preocupación por la unidad, el fiel cumplimiento de la propia misión, el don de sí en el servicio y la humildad en el arrepentimiento” (MR, 4).

Esta “comunión orgánica” de la Iglesia no es exclusivamente espiritual, es decir, nacida por así decir del Espíritu Santo... es también simultáneamente jerárquica, ya que, por un impulso vital, deriva de Cristo cabeza (MR, 5).

En esta “comunión orgánica”, es importante subrayar el *ministerio de los obispos* (MR, c. 2), como vicarios y legados de Cristo cabeza, como principio de unidad y de animación, y la *naturaleza eclesial de los religiosos* llamados, en perfecta fidelidad a su carisma, don del Espíritu, a dar en la Iglesia un testimonio evidente de total donación a Dios, opción fundamental de su existencia cristiana (MR, 14).

Sin embargo, al hablar de comunión, debemos subrayar los diversos niveles que debemos considerar:

el primero y más fundamental es el de una comunión íntima y profunda con Dios: vivir a la escucha de la Palabra, guiados por el Espíritu, en una fecunda dimensión contemplativa;

la comunión dentro del instituto: comunidad local y comunidad global. Formar una comunidad profundamente unida en la oración, en la fraternidad evangélica, en la

misión y el servicio. Esas comunidades se manifiestan en la “simplicidad y en la alegría”, como la comunidad primitiva (*Hch 2,46*). Pero están inseridas en la comunidad más vasta y universal –la del instituto– que busca la comunión en la fidelidad al mismo carisma y a la espiritualidad de los fundadores, a la misma regla de vida, a los mismos superiores legítimos;

la comunión “intercongregaciones”, comunión fraterna de los diversos institutos para vivir profundamente la vida religiosa, la fidelidad al carisma y colaborar en la unión con la dimensión evangelizadora de la Iglesia;

comunión dentro del Pueblo de Dios que preside el obispo. Se realizará en la medida que:

- el obispo promueva positivamente la fidelidad de los religiosos a su carisma y los incorpore a la actividad y la programación pastoral;
- los religiosos sean verdaderamente sensibles a las urgencias pastorales de la Iglesia local, y profundamente fieles a su carisma y a su misión propia;
- finalmente, comunión evangelizadora con el mundo: el religioso debe sentirse parte de una Iglesia “sacramento de salvación”.

Misión (OE)

“Como el Padre me envió, también yo os envió” (*Jn 20,21*). Se trata de una referencia particular al mundo, a la historia, al hombre. La Iglesia entera es enviada al mundo con un papel específico de evangelización plena y de promoción humana e integral.

Quisiera subrayar algunos aspectos:

se trata de una “misión eclesial”, que por lo tanto debe realizarse en un contexto de comunión;

se trata de una “respuesta original” y por lo tanto en una gran fidelidad al ser religioso y al carisma específico;

se trata de una “misión evangélica”, que debe realizarse en un contexto concreto de realidad histórica de salvación; de allí la necesidad de que sea revisada constantemente a la luz de una fidelidad completa y dinámica a Cristo y a la Iglesia, al carisma propio, en una realidad siempre nueva.

Quisiera proponer a la reflexión de ustedes, algunos problemas muy graves de este momento:

La opción preferencial por los pobres. Hoy la Iglesia entera se siente fuertemente comprometida en esta opción. Por otra parte, esta opción es profundamente evangélica, pero es conveniente discernir, en la oración, la reflexión y el estudio, la búsqueda comunitaria, cuáles son hoy los verdaderos pobres, los más necesitados, los marginados. El Evangelio -y por lo tanto la vida religiosa- no puede excluir a nadie del Reino. Sin embargo, Cristo, en el designio del Padre, ciertamente hizo una elección. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva” (*Lc 4,18*).

Por lo tanto, se trata de acercarse a los pobres. Pero ¿a qué pobres? ¿Cómo? ¿Por qué? Se trata de partir el pan a los hambrientos (*Is 58,7*). Pero ¿qué pan?

Esta opción por los pobres exige una revisión del sentido de las actividades y de las obras sociales de los religiosos; más profundamente aún, exige una revisión de todas las obras y

estructuras dentro de las cuales ejerce su misión la vida religiosa. Es evidente que la situación actual del mundo y las expectativas particulares de los hombres imponen una revisión profunda: ya sea en la educación o en la asistencia social. Sin destruir las formas tradicionales de la presencia (al contrario, buscando revalorizarlas), habría que pensar en formas nuevas de misión evangélica de la vida religiosa, sin embargo siempre en una profunda comunión eclesial (cfr. MR, 40-43).

La defensa de la justicia. La vida religiosa no puede ser extraña a esta exigencia evangélica. Pero ella debe realizarse a la luz de la fe y en plena comunión eclesial. En esto se presentan problemas difíciles: existe el peligro de una fácil instrumentalización política y de una ideología extraña al Evangelio; pero existe también el peligro de una evasión cómoda de un compromiso seguramente cristiano y eclesial. Este problema está íntimamente ligado al primero: la opción por los más pobres. Solamente en un contexto de verdadera humildad personal, de sincera pobreza evangélica, de profunda contemplación y de auténtica comunión, se podrá llegar a discernir la concreta voluntad salvífica de Dios. Esta defensa de la justicia –compromiso concreto a favor de la defensa de los derechos del hombre– deberá efectuarse siempre a la luz del Evangelio (interpretado en comunión eclesial con el Magisterio) a fin de obtener la paz y la libertad cristianas.

Existen además, otros dos problemas, más delicados y más concretos, que pueden golpear la vida religiosa: la inserción en el mundo del *trabajo* y el compromiso directo en la “*praxis política*”. No existen soluciones fáciles para estas cuestiones, que deben ser siempre examinadas a la luz de esta fidelidad: al hombre y a nuestro tiempo, a Cristo y al Evangelio, a la Iglesia y a su misión en el mundo, a la vida religiosa y al carisma del instituto (cfr. OE, part. I, 3 y 4).

El papel específico del religioso en el mundo de las realidades temporales, debe ser examinado dentro de la comunidad eclesial para asegurar la fidelidad a la identidad propia y la relación necesaria entre consagración y misión.

Aquí quisiera, una vez más, subrayar algunos principios.

Los religiosos, que participan en la misión evangelizadora de la Iglesia, sienten que hay una “adecuada integración entre evangelización y promoción humana” (OE, Introd.), y por lo tanto entre vida religiosa y promoción humana.

La forma más válida de evangelización para los religiosos es su existencia consagrada (EN, 69); en consecuencia, su mejor contribución a la promoción humana es su misma vida, vivida en una dimensión verdaderamente profética de anuncio, de gozosa fidelidad a su carisma, al llamado de Cristo muerto y resucitado.

Esta opción evangélica por los pobres y por la justicia, esta legítima preocupación por la situación social, económica y política, entra plenamente en la misión evangelizadora de la vida religiosa, profundamente unida a la consagración. Pero entonces hay que vivir esta consagración radical en una fidelidad gozosa y profunda. Es necesario también unir fuertemente, sin caer en una falsa dicotomía, consagración y misión.

Todo debe ser vivido en un profundo clima eclesial; por lo tanto, en un espíritu de búsqueda de una comunión real y a veces dolorosa. Yo sé que esto a veces es difícil: hay posturas radicales de un lado y otro. Más que nunca es necesario proclamar y vivir el misterio pascual de muerte y de resurrección, de cruz y de esperanza. Esta búsqueda de comunión supone un gran espíritu de fidelidad al Señor, de pobreza evangélica, de oración.

La opción evangélica que realizan los religiosos, supone un largo y arduo camino de discernimiento en el Espíritu, a nivel personal, a nivel de la comunidad local, del instituto, de la

comunidad cristiana presidida por los pastores. Este discernimiento eclesial exige una sincera fidelidad al Señor por parte de los dos sectores. Cuando los obispos se vuelven humildes oyentes de la Palabra (y por lo tanto, verdaderos discípulos), inmediatamente aparecen como maestros generosos, profetas, pastores, servidores de sus hermanos. Me gusta recordar la enseñanza de MR (9,d): “Que los pastores recuerden la advertencia apostólica de no ejercer su dominio sobre los que les han caído en suerte, sino que, mostrándose como modelos del rebaño (1 P 5,3), sean conscientes del primado de la vida en el Espíritu que les exige ser a la vez guías y miembros, verdaderos padres pero también hermanos, maestros de la fe pero sobre todo condiscípulos frente a Cristo; maestros de perfección para los fieles, pero también testigos de su santificación personal”.

Contemplación (DC)

Llegamos a un punto que me parece esencial. No se puede hablar de vida religiosa auténtica si no partimos de una profunda configuración con Cristo muerto y resucitado, de una comunión íntima con El en la oración y la cruz, en una contemplación serena y gozosa. La vida religiosa debe ser una manifestación concreta y una comunicación del Dios invisible, que hemos visto, que hemos oído, que hemos tocado con nuestras manos, a fin de que la comunión y la alegría sean perfectas (cfr. *1 Jn* 1,1-4).

Es una comunidad contemplativa íntegra que se inserta profundamente en el mundo. Solamente los verdaderos contemplativos (hombres pobres guiados por el Espíritu Santo) pueden descubrir la profunda realidad de los hombres (la pobreza y la miseria, la injusticia y la opresión) para servirla con eficacia.

A propósito de la contemplación con relación a la vida religiosa, quisiera subrayar los puntos siguientes:

Se trata de una verdadera contemplación (don del Espíritu Santo), que no se desprende de la realidad histórica sino que se inserta en ella, como María en las bodas de Caná y en el misterio de la Visitación. María, la contemplativa, descubre inmediatamente los problemas y lleva rápidamente la salvación.

Supone una *unidad interior* (también don del Espíritu), que no conduce a una dicotomía superficial entre oración y acción sino que hace de toda la actividad apostólica el fruto, el medio y el comienzo de la verdadera contemplación. En ese sentido nosotros hablaremos de “dimensión contemplativa de la vida religiosa”.

Una verdadera vida contemplativa supone siempre estos tres elementos: la Palabra, el desierto, la comunidad. Pero ¿cómo vivir esto en una vida esencialmente activa? Viviendo continuamente a la escucha de la Palabra, buscando momentos intensos de desierto (esforzándose para que el desierto se instale en nuestro corazón), formando verdaderas comunidades evangélicas.

Finalmente, quisiera recordar algunos medios prácticos que encontramos citados en el documento sobre la “dimensión contemplativa”:

- escuchado la palabra de Dios y riqueza de la Liturgia de las Horas;
- celebración de los sacramentos: reconciliación - Eucaristía;
- ascesis personal y comunitaria;
- dirección espiritual;
- presencia íntima e irremplazable de María.

Conclusión

Con la figura luminosa y simple de María, “modelo de consagración”, quisiera concluir esta humilde presentación sobre la vida religiosa en la Iglesia y en el mundo.

María es principio e imagen de la Iglesia (LG, 63-65), Madre de la Iglesia. Es la “mujer nueva”, “Madre del hombre nuevo” (*Marialis cultus*). Colaborando con Cristo Redentor, cambió la historia. Su “sí”, fidelidad a la Palabra, a la cruz, al Espíritu, hizo nacer la “novedad pascual”. La Virgen de la ofrenda y del don. La Virgen de la interioridad contemplativa y del servicio. La Virgen del camino y de la esperanza. La Virgen contemplativa que lleva al mundo la alegría de la salvación.

Comencemos con María una nueva etapa de nuestro camino como testigos y profetas: hombres y mujeres nuevos, profundamente renovados en el Espíritu de Jesús para ser testigos del Reino y profetas de esperanza.